

# el ché en catalán

Hace un año, durante una tertulia literaria en un hotel del Barrio Gótico, me quedé mirando a un argentino que me resultaba familiar. Por mucho que me esforzaba, no conseguía reconocerlo, pero estaba seguro de haberlo visto en algún lugar, incluso de haberlo frecuentado. Finalmente, durante una pausa para café, no pude más y le pregunté:

- Perdone, ¿no nos conocemos?
- Seguro que sí. Yo soy el Ché Guevara.
- Ya.

Pensé que era un borde y lo olvidé. Pero semanas después, caminando por la Rambla, volví a verlo. Estaba de pie encima de un pedestal. Iba todo pintado de camuflaje y llevaba un libro en la mano.

Recitaba un encendido discurso sobre el imperialismo, mientras unos turistas gringos le echaban monedas en un sombrero. Era el Ché Guevara, de verdad. Y estaba llamando a la insurrección. Aunque en ese preciso momento, atraían más público en la Rambla el Astronauta y el Hada de los bosques.

Llegó el verano, y un amigo que vive en Sitges me invitó a su casa. Cuando bajamos a la playa, me mostró orgulloso su kit completo de guerrillero cubano: tenía una toalla, un bañador, un vaso congelante y una pelota de playa del Ché:

- Todo un revolucionario –le comenté.
- Soy un capitalista rabioso –me respondió-, o por lo menos, un fetichista. Colecciono gilipollices con la cara del Ché. Me falta el famoso reloj Swatch. Será muy famoso, pero no lo encuentro por ninguna parte.

Desde entonces, no he dejado de ver al Ché por las calles de Barcelona y alrededores. Lo veo en los lugares más inesperados: en los patinetes de los skaters frente al MACBA, tatuado en el brazo de Maradona, dibujado

con chocolate en una camiseta. Puede llevar el rostro de Gael García Bernal, Benicio del Toro o Antonio Banderas. Hay “Chés” para todos los gustos, y cada quién tiene el suyo. Hay el Ché para estudiantes, para la tercera edad, para enfermeras o para empresarios. Si no tienes tu Ché, no eres nadie. Yo estoy esperando que programen alguna serie de dibujos animados sobre él.

La última vez que lo vi fue en casa de una chica que me invitó a cenar. Ella vive en el Eixample, en un ático con una terraza que mira a la Sagrada Familia. Y con ella, por supuesto, vive el Ché. Su apartamento está lleno de fotos del guerrillero. Hay una en el estante de los libros, otra en su cuarto y una, la más grande, en el baño, frente al water.

—¿Y no tienes alguna foto de tu madre? –le pregunté.

—No, por Dios. Mi madre es muy fea. En cambio, el Ché es guapísimo.

—¿No tienes fotos de guerrilleros feos?

—Ni de coña.

—¿Y guapos? Fidel era guapo, ¿no?

—Ya, pero el Ché se murió, así que será joven para siempre. Todas sus imágenes son así. ¿A quién quieres ver tú todas las mañanas? ¿Al Ché en la selva con uniforme de campaña? ¿O a Fidel en un hospital con un chándal Adidas?

Por eso me gusta la imagen de esas dos señoras bailando en su aniversario en Santa Coloma de Gramanet. Supongo que es la mejor foto posible del Ché. Y no porque ellas representen el espíritu de la lucha obrera. Ni porque recuerden su significado político. En realidad, esa es la mejor imagen del Ché porque es la única en la que no aparece su rostro. Un rostro que en realidad, hace mucho que no le pertenece. ☒

—¿Usted ocupa la habitación 312?

La mujer que me habla usa el pelo muy corto y tiene unos 40 años. Su traje sastre le otorga un aire ejecutivo, pero está un poco pasado de moda, como si fuese de los años 80. Es la segunda vez que la encuentro en el desayuno del hotel. En Nicaragua me levanto muy temprano. A esa hora, ella es la única habitante del comedor.

- Sí –le digo-. ¿Cómo lo sabe?
- Desde su habitación se ve la casa de Nora.

—Ya. ¿Quién coño es Nora?

A esa hora de la mañana, siempre estoy de pésimo humor. Pero a pesar de mi antipatía, ella sonríe.

—Ya lo averiguaré –me dice.

Luego pasan a recogerme y me olvido de ella.

silueta de Sandino en el monte es como un fantasma que domina la ciudad.

Por la noche, regreso al hotel tan agotado que ni siquiera consigo dormir. Doy vueltas en la cama, y termino por subir al solitario bar del último piso a tomar una copa. Una vez más, me encuentro con la mujer del desayuno. Tengo ganas de hablar con alguien.

—No me contó usted quién es Nora –le digo.

Ella se está tomando un té. Me responde sin mirarme.

—Nora era una agente encubierta del Frente Sandinista de Liberación Nacional. En los años de la revolución, conoció al jefe de la guardia nacional, al que llamaban El Perro. Él creía que todo era de su propiedad, incluso las mujeres. La acosaba insistentemente.

# en la ciudad fantasma

Durante el día, recorro Managua de un diario a otro, de un canal de televisión a una radio, para la promoción de mi libro. La capital de Nicaragua parece una ciudad fantasma. Uno recorre autopistas rodeadas de campo, salpicadas aquí y allá de centros comerciales o pequeñas construcciones. No hay edificios grandes, y para ver las casas hay que internarse en la espesura por calles llenas de árboles. Incluso en el centro de la ciudad, los inmuebles son casi inexistentes. La mayoría se cayeron en el terremoto del 72, y desde entonces no se ha reconstruido la ciudad.

En un cerro, la silueta de un hombre con sombrero campesino se eleva sobre Managua. Reconozco a Augusto C. Sandino, el líder guerrillero de principios de siglo. Me explican que en las faldas de ese monte, Sandino compareció en 1934 para pactar un armisticio con el gobierno, y fue asesinado *in situ* por el jefe de la Guardia Nacional Anastasio Somoza, quien luego se erigió dictador. La

Pero ella le tendió una trampa. Lo invitó a su casa una noche. Lo llevó a su cuarto y le quitó la ropa y las armas. Cuando se sentía seguro, tres guerrilleros saltaron del armario para secuestrarlo. El Perro se resistió, y los guerrilleros lo mataron. Desde la habitación 312 se ve el apartamento en que ocurrió todo eso.

—Ya –le digo. Ella sigue tomando su té sin mirarme.

Me pido un whisky y voy al baño. Cuando regreso, ella no está. En la mesa no queda ni siquiera su taza. Terminó mi copa y regreso a mi habitación. Al acostarme, me parece ver la silueta de un hombre con sombrero proyectada sobre la ventana. No me levanto, porque sé que es sólo una pesadilla.